

¿Cuál es la onda?

José Agustín

“Cuando me pongo a tocar me olvido de todo. De manera que estaba picando, repicando, tumbando, haciendo contracanto o concertando con el piano y el bajo y apenas distinguía la mesa de mis amigos los plañideros y los tímidos y los divertidos, que quedaron en la oscuridad de la sala.”

Guillermo Cabrera Infante: Tres tristes tigres.

“Show me the way to the next whisky bar. And don’t ask why. Show me the way to the next whisky bar. I tell you we must die.”

Bertolt Brecht y Kurt Weill según the Doors.

Requelle sentada, inclinando la cabeza para oír mejor.

Mesa junto a la orquesta, pero muy.

Requelle se volvió hacia el baterista y dirigió, con dedos sabios, los movimientos de las baquetas.

Su badness, esta niña está lo que se dice: pasada, pero Oliveira, el baterista, muy estúpido como nunca debe esperarse en un baterista, se equivocaba.

Equivocábase, diría ella. Requelle se hallaba sobria, bien sobria, quizá sólo para llevar la contraria a los muchachos que la invitaron al Prado Floresta. Ellos bailaban y reían y bebían disfrutando de Una Noche Fuera Estamos Cabareteando y Cosas De Esa Onda.

Cuál es la onda, no dijo nadie. Pero olvidémonos de ellos y de Nadie: Requelle es quien importa; y el baterista, puesto que Requelle lo dirigía.

Una pregunta: querida, cara Requelle, puedes afirmar que estás haciendo lo debido; es decir; tus amigos se van a enojar. Requelle miró con ojos húmedos el cuero golpeadísimo del tambor; y aunque no lo puedan imaginar —y seguramente no podrán— se levantó de la silla —claro— y fue hasta el baterista, le dijo: me gustaría bailar contigo.

Él la miró quizá con fastidio, más bien sin interés, sin verla; a fin de cuentas la miró como diciendo:

pero niñabonita, no te das cuenta de que estoy tocando.

Requelle, al ver la mirada, supuso que Oliveira quiso agregar: música mala, de acuerdo, pero ya que la toco lo menos que puedo hacer es echarle las ganas. Requelle no se dio por aludida ante la muda respuesta (dígase: respuesta muda, no hay por qué variar el orden de los facts aunque no alteren el resultado).

Simplemente permaneció al lado de Baterista, sin saber que se llamaba Oliveira; quizá de haberlo sabido nunca se habría quedado allí, como niña buena. El caso es que Baterista nunca pareció advertir la presencia de la muchacha, Requelle, toda fresca en su traje de noche, maquillada apenas como sólo puede pintarse una muchacha que no está segura de ser bonita y desconfía de Mediomundo. Requelle se habría sorprendido si hubiese adivinado que Oliveira Baterista pensaba: qué muchacha tan atractiva, otra que se me escapa a causa de los tambores (de tontos tamaños, diría Personaje).

Cuando, un poco sudoroso pero no dado a la desgracia, Oliveira terminó de tocar, Requelle, sin ningún titubeo, decidió repetir, repitió: me gustaría bailar contigo; no dijo: guapo, pero la mirada de Requelle parecía decirlo. Oliveira se sorprendió al máximo, siempre se había considerado el abdominable yetis Detcétera. Miró a Requelle como si ella no hubiera permanecido, de pie, junto a él casi una hora (léase horeja, por aquello de los tamborazos). Sin decir una palabra (Requelle ya lo consideraba cuasimudo, tartamudo, pues) dejó los tambores, tomó la mano de Requelle, linda muchacha, pensó, y sin más la condujo hasta la pista. Casi estaban solos: para entonces tocaba una orquesta peor y quién de los monos muchachos se pararía a bailar bajo aquella casimúsica.

Oliveira Baterista y Linda Requelle sí lo hicieron: es más, sin titubeos, a pesar de las bromas poco veladas, más bien obvias, de los conocidos requellianos desde la mesa: ya te fijaste en la Requelle siempre a la caza demo-ciones fuertes fuerte tu olor bella Erre con quién fuiste a caer. Erre no dio importancia a las gritadvertencias y bailó con Oliveira. Bríncamo, gritó alguien de la orquestavaril y el ritmo, lamentablemente sincronizado, se disfrazó de afrocubano: en ese

momento Requelle y Oliveira advirtieron que estaban solos en la pista y decidieron hacer el show, jugar a Secuencia de Film Sueco; esto es: Oliveira la tomó gentilmente y atrajo el cuerpecito fragante y tembloroso, que a pesar de los adjetivos anteriores, no presentó ninguna resistencia. Entonces siguieron los ejeje ejeje, ándale te vamos a acusar con Mamis muchachita destrampada. Requelle, como buena niña destrampada, no hizo caso; sólo recargó su cabeza en el hombro olivérico y se le ocurrió decir: quisiera leer tus dedos.

Y lo dijo, es decir, dijo:

quisiera leerte los dedos.

Oliveira o Baterista o Cuasimudo para Erre, despegó la mejilla y miró a la muchacha con ojos profundos, conmovidos y sabios al decir: me cae que no te entiendo. Sí, insistió Erre con Erre, quisiera leer tus fingers.

La mand, digo, la mano querrás decir.

Nop, Cuasi, yo sé leer la mano: en tu caso quisiera leerte los dedos.

Trata, pecaminosa, pensó Oliveira.

pero sólo dijo:

trata.

Aquí, imposible, my queridísimo.

I wonder, insistió Oliveira, why.

You can wonder lo que quieras, arremetió Requelle, y luego dijo: con los ojos, porque en realidad no dijo nada:

porque aquí hay unos imbéciles acompañándome, chato, y no me encontraría en la onda necesaria.

Y aunque parezca inconcebible, Oliveira —sólo-un-bate-rista— comprendió; quizá porque había visto Les Cousins

(sin declaración conjunta)

y suponía que en una circunstancia de éstas es riguroso saber leer los ojos. Él supo hacerlo y dijo:

alma mía, tengo que tocar otra vez.

Yo, aseguró Requelle muy seria, dejaría todo sabiendo lo que tengo entre manos.

Faux pas, porque Oliveira quiso saber qué tenía entre manos y la abrazó: así: la abrazó.

Uy, pensó Muchacha Temeraria, pero no protestó para parecer muy mundana.

Tú victorias, gentildama, al carash con mi laboro.

Se separaron

(o separáronse, para evitar el sesé):

Olivista corrió a la calle con el preolímpico truco de comprar cigarros y la buena de Requelle fue a su mesa, tomó su saco (muy marinero, muy buenamodamod), dijo:

chao conforgueses

a sus amigos azorados y salió en busca de Baterista Irresponsable. Naturalmente lo encontró, así como se encuentra la forma de inquirir:

ay, hija mía, Requelle, qué haces con ese hombre, tanto interés tienes en este patín.

Requelle sonrió al ver a Oliveira esperándola: una sonrisa que respondía afirmativamente a la pregunta anterior sin intuir que patín puede ser, y debe de, lo mismo que:

onda, aventura, relajo, kick, desmoñe, et caetera, en este caló tan expresivo y ahora literario. El problema que tribulaba al buen Olivista era:

do debo llevar a esta niña guapa.

Optó, como buen baterista, por lo peor: le dijo (o dijo, para qué el le): bonita, quieres ir a un hotelín.

Ella dijo sí para total sorpresa de Oliconoli y aun agregó:

siempre he querido conocer un hotel de paso, vamos al más de paso.

Oliveira, más que titubeante, tartamudeó:

tú lo has dicho.

¡Oliveira cristiano!

Quiso buscar un taxi, roído por los nervios

(frase para exclusivo solaz de lectores tradicionales),

pero Libre no

acudió a su auxilio.

Buen gosh, se dijo Oliverista. No recordaba en ese momento ningún hotel

barato por allí. Dijo entonces, muy estúpidamente:
vamos caminando por Vértiz, quien quita y encontremos lo que buscamos y ya
solitos gozaremos de lo que hoy apetecemos, qué dice usted, muchachita, si
quiere muy bien lo hacemos.
Híjole, susurró Requelle expresiva.
Hotel Joutel, plañía Oliveira al no saber qué decir. Sólo musitó:
tú estudias o trabajas.
Tú estudias o trabajas, ecoeó ella.
Bueno, cómo te llamas, niña.
Niña tu abuela, contestó Requelle, ya estoy grandecita y tengo buena pierna, de
lo contrario no me propondrías un hotel-quinientospesos.
De acuervo, accedió Oliveira, pero cómo te apelas.
Yo no pelo nada.
Cómo te haces llamar.
Requelle.
¿Requejo?
No: Requelle, viejo.
Viejos los cerros.
Y todavía dan matas, suspiró Requelle.
Ay me matates, bromeó Oliqué sin ganas.
Cuáles petates, dijo Req Ingeniosa.
Mal principio para Granamor, agrega Autor, pero no puede remediarlo.
Requelle y Oliveira caminando varias cuerdas sin decir palabra.
Y los dedos, al fin preguntó Olidictador.
Qué, juzgó oportuno inquirir Heroína.
Digo, que cuándo vas a leerme los dedos.
Eso, en el hotel.
Jajajó, rebuznó Oliclaus sin cansancio hasta que vio:
Hotel Esperanza.
y Olivitas creyó leer momentáneamente:
te cayó en el Floresta dejaste a su orquesta mete pues la panza y adhiérete a la
esperanza.
Esperanza. Esperanza.
¡Cómo te llamas!, aulló Baterista.

Requelle, ya díjete.

Sí, ya dijísteme, suspiró el músico,

cuando pagaba los

dieciocho pesos del hotel, sorprendido porque Requelle ni siquiera intentó

ocultarse, sino que sólo preguntó:

qué horas no son,

e Interpelado respondió:

no son las tres; son las doce, Requita.

Ah, respondió Requita con el entrecejo fruncido, molesta y con razón:

era la primera vez que le decían Re-

quita.

Dieciséis, anunció el empleado del hotel.

No dijo dieciocho.

No, dieciséis.

Entonces le di dos pesos de más.

Ja ja. Le toca el cuarto dieciséis, señor.

Dijo señor con muy mala leche, o así creyó pertinente considerarlo Baterongo.

Segundo piso a la izquierda.

A la gaucha, autochisteó Requelle,

y claro: la respuesta:

es una argentina.

No; soy argentona, gorila de la Casa Rosada.

Riendo fervientemente, para

sí misma.

Oliveira, a pesar de su nombre, se quitó el saco y la corbata, pero Requita no

pareció impresionarse. El joven músico suspiró entonces y tomó asiento en la

cama, junto a Niña.

A ver los dedos.

Tan rápido, bromeó él.

No te hagas, a lo que te traje, Puncha.

Con otro suspiro —más bien berrido a pesar de la asonancia— Oliveira extendió

los dedos.

Uno dos tres cuatro cinco. Tienes cinco, inteligenteó ella, sonriendo.

Deveras.

Cinco años de dicha te aguardan.

Oliveira contó sus dedos también, descubrió que eran cinco y pensó:

buen grief, qué inteligente es esta muchacha;

más bien

lo dijo.

Forget el cotorreo, especificó Requelle.

Bonito inglés, dónde lo aprendiste.

Y Requelle cayó en Trampa al contar:

oldie, estuve siglos que literalmente quiere decir centuries en el Instituto

Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales Hamburgo casi esquina con Genova buen cine los lunes.

Relaciones sexuales, casi dijo Oliveto, pero se contuvo y prefirió:

eso es todo lo que te sugieren mis dedos.

A Requelle, niña lista, le pareció imbécil la alusión y dijo:

nanay, músico; y más y más: tus dedos indican que tienes una alcantarilla en lugar de boca y que eres la prueba irrefutable de las teorías de Darwin tal como fueron analizadas por el Tuerto Reyes en el Colegio de México y que deberías verte en un espejo para darte de patadas y que sería bueno que cavaras un foso para en, uf, terrarte y que harías mucho bien ha, aj aj, ciendo como que te callas y te callas de a deveras y todo lo demás, es decir, o escir: etcétera.

No entiendo, se defendió él.

Claro, arremetió Requelle Sarcástica, tú deberías trabajar en un hotel déstos.

Dios, erré la vocación.

Tú lo has dicho.

¡Requelle, cristiana!

Para entonces —como pueden imaginarse aunque seguramente les costará trabajo— Requelle no consideraba ni mudo ni tartaídem a Oliveira, así es que preguntó, segura de que obtendría una respuesta dócil:

y tú cómo te llamas.

Oliveira, todavía.

Oliveira Todavía, ah caray, tu nombre tiene cierto pedigree, te quiamas Oliveira Todavía Salazar Cócker.

Sí, Requelle Belle dijo él con galantería, y vaticinó:

apuesto que eres una cochina intelectual.

Claro, dijo ella, no ves que digo puras estupideces.

Eso mero; digo, eso mero pensaba; pues chócala, Requilla, yo también soy intelectual, músico de la nueva bola y todo eso.

Intelectonto, Olivista: exageras diciendo estupideces.

Así es, pero no puedo evitarlo: soy intelectual de quore matto; pero dime,

Rebelle, quiénes eran los apuestos imbéciles que acompañábante.

Amigos míos eran y de Las Lomas, pero no son intelojones.

Ni tienen, musitó Oliveira Lépero.

Y aunque parezca

increíble, Muchacha comprendió.

Y hasta le dio gusto,

pensó:

qué emoción, estoy en un hotel con un tipo ingenioso y hasta gro

se

ro

te.

Olilúbrico, la mera verdad, miraba con gula los muslos de Requelle. Pero no sabía qué hacer.

Je je, asonanta Autor sin escrúpulos.

Oliveira optó por trucoviejo.

Me voy a bañar, anunció.

Te vas a qué.

Es questoy muy sudado por los tamborazos, presumió él, y Requelle estuvo de acuerdo como buena muchachita inexperimentada.

Sin agregar más, Oliveira esbozó una sonrisacanalla y se metió en el baño,

a pesar de la molestia que

nos causa el reflexivo, puesto

que bien se pudo decir simple-

mente y sin ambages: entró en

el baño.

El caso et la chose es que se metió y Requelle lo escuchó desvestirse, en verdad:

oyó el ruido de las prendas

al caer en el suelo.

Y lo único que se le ocurrió fue ponerse de pie también, y como quien no quería la cosa, arregló la cama:
y no sólo extendió las colchas
sino que destendió la
cama para poder tenderla otra vez,
con sumo detenimiento.

Híjole, qué bruta soy, pensaba al oír el chorro de la regadera. Mas por otra parte se sentía molesta porque el cuarto no era tan sucio como ella esperaba. (Las cursivas indican énfasis; no es mero capricho, estúpido.)

Hasta tiene regadera, pensó incómoda.

Pero oyó:

ey, linda, por qué no vienes paca paplaticar.

Papapapapá, rugió una ametralladora imaginaria, con la cual se justifica el empleo cínico de los coloquialismos.

Requelle no quiso pensar nada y entró en el baño

(¡al fin: es decir: al fin

entró en el baño)

para contemplar una cortina plus que sucia y entrever un cuerpo desnudo bajo el agua que no cantaba emon baby light my fire.

Hélas, pensó ella pedantemente, no todos somos perfectos.

Tomó asiento en la taza del perdonado tratando de no quedarse bizca al querer vislumbrar el cuerpo desnudo de, oh Dios, Hombre en la regadera.

(Private joke dedicado a John

Toovad. N. del traductor.)

Él sonreía, y sin explicárselo, preguntó:

por qué eres una mujer fácil, Rebelle.

Por herencia, lucubró ella, sucede que todas las damiselas de mi tronco genealógico han sido de lo peor. Te fijas, dije tronco en vez de árbol, la Procuraduría me perdone; hasta esos extremos llega mi perversión.

And how, como dijera Jacqueline Kennedy; comentó Oliveira Limpio.

Y sabes cuál es el colmo de mi perversión, aventuró ella.

Pues, no la respuesta.

Olito, el colmo de mi perversión es llegar a un hotel de a peso

De a dieciocho.

Bueno, de a dieciocho; estar junto a un hombre desnudo, tras una cortina, de acuerdo, y no hacer niente, rien, nichts, ni soca. Qué tal suena.

Oliveira quedó tan sorprendido ante el razonamiento que pensó y hasta dijo: a ésta yo la amo.

dijo, textualmente:

Requella, yo te amo.

No seas grosero; además no tengo ganas, acabo de explicártelo.

Te amo.

Bueno, tú me hablas y yo te escucho.

No, te amo.

No me amas.

Sí, sí te amo, después de una cosa como ésta no puedo más que amarte. Sal de este cuarto, vete del hotel, no puedo atentar contra ti; file, scram, pírate.

Estás loco, Olejo; lo que considero es que si ya estás desudado podemos volver al Floresta.

Deliras, Requita, no ves que me escapé.

Se dice escápeme.

No ves que escápeme.

No veo que escapástete.

Bueno, darlita, entonces podemos ir a otro lugar.

A tu departamento, porjemplo, Salazar.

No la amueles, almademialma, mejor a tu chez.

En mi casa está toda mi familia: ocho hermanos y mis papas.

¡Ocho hermanos!

¡Ocho hermanos...!

Yep, mi apa está en contra de la píldora; pero explica: qué tiene de malo tu departamento.

Ah pues en mi departamento están mi mamá, mi tía Irene y mis dos primas Renata y Tompiata: son gemelas.

Incestuoso, acusó ella.

Mientes como cosaca, ya conocerás a mis primuchas, son el antídoto más eficaz contra el incesto: me gustaría presentárselas a algunos escribanos mexicones.

Entonces a dónde vamos a ir.

Podemos ir a otro hotel,

bromeó Oliveira.

Perfecto, tengo muchas ganas de conocer lugares de perdición, aseguró

Requelle sin titubeos.

Baterista

vestido, sin permitir que ella atisbara su cuerpo desnudo: no por decencia, sino porque le costaba trabajo estar sumiendo la panza todo el tiempo.

Hábil y necesaria observación:

Requelle, mide las consecuencias de los actos con las cuales estás infringiendo nuestras mejores y más sólidas tradiciones.

Los dos caminando por Vértiz, atravesando Obrero Mundial, el Viaducto, o el Viaduto como dijo él

para que ella contestara

ay cómo eres lépero tú,

y la avenida Central.

Sabes qué, principió Baterista, estamos en la regenerada colonia Buenos Aires; allá se ve un hotel.

Allá vese un hotel.

Está bien: allá vese un hotel. Quieres ir.

Juega, enfatizó Requelle; pero yo pago, si no vas a gastar un dineral.

No te preocupes, querida, acabo de cobrar.

Any old way, yo pago, seamos justos.

Seamos: al fin perteneces al habitat Las Lomas, sentenció Oliveira sonriendo.

La verdad es que se equivocaba y lo vino a saber en el cuarto once del hotel Buen Paso.

Requelle explicó:

a su familia de rica sólo le quedan los nombres de los miembros.

Estás bien acomodada, deslizó él pero Niñalinda no entendió.

Como queiras, Oliveiras.

Pero cómo que no eres rica, eso sí me alarma, preguntó Oliveira después de que ella confesó que

lo de los ocho hermanos no era mentira y que, ay, se llamaban

Euclevio, alma fuerte,

Simbrosio, corazón de roca,

Everio, poeta deportista,

Leporino, negro pero noble,

Ruto, buen cuerpo,

Ano, pásame la sal,

Hermenegasto, el imponente,

y

ella,

Requelle.

Ma belle, insistió él, amándola verdaderamente.

Se lo dijo.

te amo, dijo.

Ella empezó a excitarse quizá porque el cuarto había costado catorce pesos.

Dame tu mano, pidió.

Sinceramente preocupada.

Él la tendió.

Y Requelle se puso a estudiar las líneas, montes, canales, y supo

(premonición):

este hombre morirá de leucemia, oh Dios, vive en Xochimilco, poor darling, y

batalla todas las noches para encontrar taxis que no le cobren demasiado por conducirlo a casa.

Como si leyera su pensamiento Olivín relató:

sabes por qué conozco algunos hoteluchos, miamor, pues porque vivo lejos,

que no far out, y muchas veces prefiero quedarme por aquí antes de batallar con los taxis para que me lleven a casa.

Premonición déjà ronde.

Requelle lo miró con ojos húmedos, a punto de llorar: dejó de sentirse excitada pero confirmó amarlo.

lo puedo llegar a amar en todo caso, se aseguró

En el hotel Nuevoleto.

Por qué dices que tu familia sólo es rica en los nombres.

Pues porque mi papito nos hizo la broma siniestra de vivir cuando estaba arruinado, tú sabes, si se hubiera muerto un poquito antes la fam habría heredado casi un millonaje.

Pero tú no quieres a tu familia, gritó Oliveira.

Pero cómo no, contragritó ella, son tantos hermanos plus madre y padre que si no los quisiera me volvería loca buscando a quién odiar más.

Transición requelliana:

mira, músico, lo grave es que los quiero, porque si no los quisiera sería una niña intelectual con bonitos traumas y todo eso; pero dime, tú quieres a tu madre y a tus primas y a tu tía.

Dolly in de la Smith Corona-

250 sin rieles, en la mano,

hasta encuadrar en bcu el ros-

tro —inmerso en el interés—

de Heroína.

A mi tía no, a mis primas regular y a mami un chorro.

Ves cómo tenía razón al hablar de incesto.

Ah caray, nada más porque he fornicado cuatrocientas doce veces con mein Mutter me quieres acusar dincesto; eso no se lo aguanto a nadie; bueno, a ti sí porque te amo.

No no no, viejecín, out las payasadas y explica: cómo llegaste a baterista si de veras quieres a tu fammy.

Pues porque me gusta, ah qué caray.

¿Eh?

Eh.

Dios tuyo, qué payasa eres, amormío, hasta parece que te llamas Requelle la Belle.

Si me vuelves a decir la Belle te muerdo un tobillo, soy fea fea fea aunque nadie me lo crea.

estás loquilla, Rejilla, eres bonitilla; además, son palabras que van muy bien juntas.

Requelíe se lanzó a la pierna de Oliveira con rapidez fulminante
(rápida como fulminante)
y le mordió un tobillo.

Baterista gritó pero luego se tapó la boca, sintiendo deseos de reír y de hacer el amor confundidos con el dolor, puesto que Bonita seguía mordiéndole el tobillo con furia.

Oye, Requelle.

Mmmmm, contestó ella, mordiéndolo.

Hija, no exageres, te juro que me está saliendo sangre.

Mmmjmmm, afirmó ella, sin dejar de morder.

Fíjate, observó él aguantando las ganas de gritar por el dolor; que me duele mucho, sería mucha molestia para ti dejar de morderme.

Requelle dejó de morderlo;
ya me cansé, fue todo lo que dijo.

Y los dos estudiaron

con detenimiento las marcas de las huellas requellianas.

Requelita, si me hubieras mordido un dedo me lo cortas.

Ella rió pero calló en el acto cuando
tocaron

la

puerta.

Ni él ni ella aventuraron una palabra, sólo se miraron, temerosos.

Oigan, qué pasahi, por qué gritan.

No es nada no es nada, dijo Oliveira sintiéndose perfectamente idiota.

Ah bueno, que no pueden hacer sus cosas en silencio.

Sus cosas, qué desgraciado.

Unos pasos indicaron que el tipo se iba, como inteligentemente descubrieron
Nuestros Héroe.

Qué señor tan canalla, calificó Requelle, molesta.

y tan poco objetivo, dijo él.

para agregar sin transición:

oye, Reja, por qué te enojas si te digo que eres bonita.

Porque soy fea y qué y qué.

Palabra que no, ciédomío, eres un cuero.

Si insistes te vuelvo a morder, yo soy Fea, Requelle la Fea; a ver, dilo, cobarde.
Eres Requelle la Fea.

Pero de cualquier manera me quieres; atrévete a decirlo, retrasado mental, hijo
del coronel Cárdenas.

Pero de cualquier maniobra de amo.

Ab, me clamas.

Te amo y te extraño, clamó él.

Te ramo y te empañó, corrigió ella.

Te ano y te extriño, te mamó y te encaño, te tramo y te engaño, quieres más,
ahí van

Te callas o té pego, sí o no; amenazó Requelle.

Clarines dijo Trombones.

Caray, viejito, ya te salió el pentagrama y la mariguana.

Y esta réplica permitió a Oliveira explicar:

adora los tambores, comprende que no se puede hacer gran cosa en una
orquesta pésima como en la que toca y tiene el descaro de llamarse Babo
Salliba y los Gajos del Ritmo.

Los Gargajos del Rismo deberíamos llamarnos, aseguró Oliveira. Sabes quién es
el amo, niñadespistada, agregó, pues nada menos que Bigotes Starr y también
este muchacho Carlitos Watts y Keith Moon; te juro, yo quisiera tocar en un
grupo de esa onda.

Ah, eres un cochino rocanrolero, agredió ella, qué tienes contra Mahler.

Nada, Rävel, si a ti te gusta: lo que te guste es ley para mich.

Para tich.

Sich.

Uch.

Noche no demasiado fría.

Caminaron por Vértiz y con pocos titubeos se metieron

(se adentraron, por qué no)

en la colonia de los Doctores.

Docs, gritó Oliveira Macizo, a cómo el ciento de demerolos, pero Requelle:
sería.

En el hotel Morgasmo.

Ella decidió bañarse, para no quedar atrás.

No te vayas a asomar porque patéote, Baterongo.

Sus reparos eran comprensibles porque no había cortina junto a la regadera. Regadera.

Oliveira decidió que verdaderamente la amaba pues resistió la tentación de asomarse para vislumbrar la figura delgadita pero bien proporcionada de su Requelle.

Oh, Goshito, es mi Requelle;

tantas mujeres he conocido y vine a parar con una Requelle Trésbelle; así es la vida, hijos míos y lectores también.

En este momento Oliveira se dirige a los lectores:

oigan, lectores, entiendan que es mi Requelle; no de ustedes, no crean que porque mi amor no nació en las formas habituales la amo menos. Para estas alturas la amo como loco; la adoro, pues. Es la primera vez que me sucede, ay, y no me importa que esta Requelle haya sido transitada, pavimentada, aplaudida u ovacionada con anterioridad. Aunque pensándolo bien... Con su permiso, voy a preguntárselo.

Oliveira se acercó cauteloso a la puerta del baño.

Requelle. Requita.

No hubo respuesta.

Oliveira carraspeó y pudo balbucir:

Requelle, contéstame; a poco ya te fuiste por el agujero del desagüe.

No te contesto, dijo ella, porque tú quieres entrar en el baño y gozarme; quieto en esa puerta, Satanás; no te atrevas a entrar o llueve mole.

Requelle, perdóname pero el mole no llueve.

Olito, ésa es una expresión coloquial mediante la cual algunas personas se enteran de que la sangre brotará en cantidades donables.

Sí, y ése es un lugar común.

Aj, de lugarcomala a coloquial hay un abismo y yo permanezco en la orilla.

Ésa es una metáfora, y mala.

No, ése es un aviso de que te voy a partir die Mutter si te atreves a meterte.

No, vidita, cieloazul, My Very Blue Life, sólo quise preguntar, pregunto: cuántos galanes te has cortejado, a quiénes

de ellos has amado,

hasta qué punto con ellos has llegado, qué sientes hacia este pobre desgraciado.

No siento, lamento: que seas tan imbécil y rimes al preguntar esas cosas.

Requelle Rubor.

Oliveira explicó que le interesaban y para su sorpresa ella no respondió.

Baterista consideró entonces que por primera vez se encontraba ante una mujer de mundo, con pasado-turbulento.

Requelle entró en el cuarto con el pelo mojado pero perfectamente vestida, aun con medias y bolsa colgante en el brazo.

Brazo.

Oye, Requeja, tú eres una mujer de mundo.

Yep, actuó ella, he recorrido los principales lenocinios Doriente, pero sin talonear: acompañada por los magnates más sonados, Gusy Díaz porjemplo.

Eso, Requi, te lo credo.

Ya no te duele el tobillo.

Y cómo, cual dijo la hija de Monseñor.

Efectivamente el tobillo le ardía y estaba hinchado.

Ella condujo a Oliveira hasta el baño y le hizo alzar el pie hasta el lavabo para masajear el tobillo con agua tibia.

Mi muerte, Requeshima miamor, clamó él; no sería más fácil que yo pusiera el pie en la regadera.

A pesar de tu pésima construcción, tienes razón, Olivón.

Qué tiene de mala mi constitución, quieres un quemón.

Y como castigo a un juego de palabras tan elemental, Requelle le dejó el pie en el lavabo.

Exterior. Calles lóbregas
con galanes incógnitos de
la colonia Obrera. Noche.

(Interior. Taxi. Noche.)

[0 back projection.]

El radiotaxí llegó en cinco minutos. Requelle, pelo mojado subió sin prisas mientras, cortésmente, Oliveira le abría la puerta.

Chofer con gorrita a cuadros, la cabeza de un niño de plástico incrustada en la

palanca de velocidades, diecisiete estampitas de vírgenes con niñosjesuses y sin ellos, visite la Basílica de Guadalupe cuando venga a las olimpiadas, Protégeme santo patrono de los choferes, Cómo le tupe la Lupe; calcomanías del América América ra ra ra, chévrolet 1949.

A dónde, jovenazos.

Oliveira Cauto,

Sabe usted, estimado señor, estamos un poco desorientados, nos gustaría localizar un establecimiento en el cual pudiésemos reposar unas horas.

Híjole, joven, pues está canijo con esto de los hoteles; la mera verdad a mí me da cisca.

Pero por qué señor.

Requella Risitas.

Pues porque usted sabe que ésa no es de atiro nuestra chamba, digo si usted me dice a dónde, yo como si nada, pero yo decirle se me hace gacho sobre todo si trae usted una muchachita tan tiernita como la que trae.

Hombre, pero usted debe de conocer algún lugar.

Pos sí pero como que no aguanta, imagínese.

Me imagino, dijo Requella automáticamente.

Además luego como que se arman muchos relajos, ve usted, la gente se porta muy lépera y todavía quiere que uno entre en uno de esos moteles como los de aquí con garash de la colonia ésta la Obrera y pues uno nomás tiene la obligación de andar en la calle, no de meterse en el terreno particular, ah qué caray.

Perdone, señor, pero nosotros realmente no tenemos deseos de que usted entre en ningún hotel, sino que sólo nos deje en la puerta.

Híjole, joven, es que deveras no aguanta.

Mire, señor, con todo gusto le daremos una propina por su información.

Así la cosa cambea y varea, mi estimado, nomás no se le vaya a olvidar. Uno tiene que ganarse la vida de noche y casi no hay pasaje, hay veces en que nos vamos de oquis en todo el turno.

Claro.

Ahora verá, los voy a llevar al hotel de un compadre mío que la mera verdad está muy decente y la señorita no se va a sentir incómoda sino hasta a gusto. Hay agua caliente y toallas limpias.

Requelle aguantando la risa.

No sirve su radio, señor, curioseó Requelle.

No, señoito, fíjese que se me descompuso desde hace un año y sirve a veces, pero nomás agarra la Hora nacional.

Es que ha de ser un radio armado en México.

Pues quién sabe, pero es de la cachetada prender el radío y oír siempre las mismas cosas, claro que son cosas buenas, porque hablan de la patria y de la familia y luego se echan sentidos poemas y así, pero luego uno como que se aburre.

Pues a mí no me aburre la Hora nacional, advirtió Requelle.

No no, si a mí tampoco, es cosa buena, lo que pasa es que uno oye toda esa habladera de quel gobierno es lo máximo y quel progreso y lestabilidad y el peligro comunista en todas partes, porque a poco no es cierto que a uno lo cansan con toda esa habladera. En los periódicos y en el radio y en la tele y hasta en los excusados, perdone usted, señorita, dicen eso. A veces como que late que no ha de ser cierto si tienen que repetirlo tanto.

Pues para mí sí hacen bien repitiéndolo, dijo Requelle, es necesario que todos los mexicanos seamos conscientes de que vivimos en un país ejemplar.

Eso sí, señoito, como México no hay dos. Por eso hasta la virgen María dijo que aquí estaría mucho mejor, ya ve que lo dice la canción.

Oliveira Serio y Adulto.

Es verdaderamente notable encontrar un taxista como usted, señor, lo felicito.

Gracias, señor, se hace lo que se puede. Nomás quisiera hacerle una pregunta, si no se ofende usted y la señoito, pero es para que luego no me vaya a remorder la conciencia.

El auto se detuvo frente a un hotel siniestro.

Sí, diga, señor.

Es que me da algo así como pena.

No se preocupe. Mi novia es muy comprensiva.

Bueno, señoito, usted haga como que no oye, pero yo me las pelo por saber si usted, digo, cómo decirle, pues si usted no va estrenar a la señoito.

Eso sí que no, señor, se lo juro. Mi palabra de honor. Sería incapaz.

Ah pues no sabe qué alivio, qué peso me quita de encima. Es así como gacho llevar a una señorita tan decente como aquí la señoito para que le den pa sus

tunas por primera vez. Usted sabe, uno tiene hijas.

Lo comprendo perfectamente, señor. Ni hablar. Yo también tengo hermanas.

Además, mi novia y yo ya nos vamos a casar.

Ah qué suave está eso, señor. Deveras cásenle, porque no nomás hay que andar en el vacile como si no existiera Diosito; hay que poner las cosas en orden. Bueno, ya llegamos al hotel de mi compadre, si quieren se los presento para que me los trate a todo dar.

Muchas gracias, señor. No se moleste. Cuánto le debo.

Bueno, ahí usted sabe. Lo que sea su voluntad.

No no, dígame cuánto es.

Hombre, señor, usted es cuate y comprende. Lo que sea su voluntad.

Bueno, aquí tiene diez pesos.

Cómo diez pesos, joven.

Diez pesos está bien, yo creo. Nomás recorrimos como diez cuadas.

Sí pero usted dijo que me iba a dar una buena propela, además los traje a un hotel no a cualquier lugar. Al hotel de mi compadre.

Cuánto quiere entonces.

Cómo que cuánto quiero, no me chingue, suelte un cincuenta de perdida. Usted orita va a gozarla a toda madre y nomás me quiere dar diez pesos. Qué pasó.

Mire usted, cincuenta pesos se me hace realmente excesivo.

Ah ora excesivo, ah qué la canción. Por eso me gusta trabajar con los gringos, en los hoteles, ellos no se andan con mamadas y sueltan la lana. Carajo, yo que creí que usted era gente decente, si hasta viste bien.

Mire, deveras no le puedo dar cincuenta pesos.

Uh pues qué pinche pobretón, para qué llama radio-taxi, se hubiera venido a pata. Déme sus diez pinches pesos y vayase al carajo.

Óigame no me insulte. Tenga respeto, aquí hay una dama.

Una dama, jia jia, eso sí me da una risa; si ni siquiera es quinto.

Mire, desgraciado, bájese para que le parta el hocico.

No se me alebreste, jovenazo; déme los diez varos y ahí muere.

Aquí tiene. Ahí muere.

Ahi muere.

Oliveira y Requelle bajaron del taxi. El chofer arrancó a gran velocidad, gritándoles groserías a todo volumen, para el absoluto regocijo de Héroes.

Hotel Novena Nube,
cualquier cosa nomás écheme un grito. El cuarto treinta y dos, tercer piso, daba
a la calle. Dos pesos más.

En la ventana, abrazados, Requelle y Oliveira vieron que un auto criminalmente
chocado se las arreglaba para entrar en el garaje de una casa. Al instante, sin
ponerse de acuerdo, los dos imitaron un silbato de agente de tránsito y sirenas,
y cerraron las cortinas, riendo sin poder contenerse.

Riendo incansablemente.

Pero Olivinho seguía preocupado porque ella no respondió a sus t r a s c e n d e
n t a l e s p r e g u n t a s; es decir, se hizo guaje, se salió por la tangente, eludió
el momento de la verdad, parafraseando a Jaime Torres.

Y Oliveira acabó inquirendose

(¿inquirendose?), viendo las preguntas en sobreimposición sobre el rostro

(¡rostro!) sonriente

(casi disonante con el úl-

timo gerundio)

y un poco fatigado

(on se peut voir sans aucune

hésitation l'absense de conso-

nance; nota del lector)

de Requelle:

acaso soy un macho mexicón, qué me importa su turbulento pasado si
veramente lamo.

Decidió sonreír cuando Requelle descompuso su cara con un sollozo.

Por qué lloras, Requelle.

No lloro, imbécil, nada más sollocé.

Por qué sollozas, Requelle.

Porque se siente muy bonito.

Oh, en serio...

¿En sergio?

Sergio Conavab, a poco lo conoces.

Sí, Oli, me cae mal, es un vicioso y estoy pensando que tú también eres un
vicioso.

Qué clase de vicioso; explica, reinísima: vicioso de mora, motivosa, maripola,

mostaza, bandón u chanchomón, te refieres a lente oscuro macizo seguro o vicioso de qué, de ácido, de silociba, de mezcalina o peyotuco, porque nada de eso hace vicio.

Vicioso de lo que sea, todos los músicos son viciosos y más los roqueros.

Yo, Requina, sólo me doy mis pases de vez en diario, al grado de que agarro el ondón cuando estoy sobrio, como ahorita; pero no soy un vicioso, y aun si lo fuera ése no es motivo para llorar, sólo un idiota lloraría, como este Sergio Lupanal.

Cuál Sergio Lupanar. No menciones a gente que no conozco, es una descortesía; y además sólo una idiota no lloraría.

Eso es, pero como tú eres inteligente y lumbrera, nada más sollozas; y para tu exclusiva información es mi melancólico deber agregar que te ves bonita sollozando.

Yo no me veo bonita, Oliveira, ya te dije.

No seas payasa, linda, como broma ya atole.

Ya pozole tu familia de Xochimilco.

Mi familia de dónde.

De Xochimilco, no vive en Xochimilco.

Claro que no, vivimos en la colonia Sinatel.

Dónde esta eso.

Por la calzada von Tlalpan, bueno: a la izquierda.

¡Eso es camino a Xochimilco!

Sí, por qué no, pero también es camino a Ixtapalapa, mi queen, y asimismo, a Acapulco pasando por Cuernavaca, Taxco y Anexas el Chico.

Oliveira, tú tienes leucemia, vas a morirte; lo sé, a mí no me engañas.

Nada más tengo legañas; tu lengua en chole, mi duquesa, yostoy sano cual role.

Bonita y original metáfora pero no me convences: vas a morir.

Bueno; si insistes, que sea esta noche y en tus brazos, como dijera el pendejo Evtushenko; ven, vamos a la cama.

No tengo ganas, deveras.

No le hace.

Aparentemente convencida, Requelle se recostó; cuerpotenso como es de imaginarse, pero él no intentó nada; bueno:

le acarició un seno con naturalidad y se recargó en el estómago requelliano, y ella pudo relajarse al ver que Oliveira permanecía quieto. Sólo musitó, esta vez sinceramente: siento como si escuchara a Mozart. Ésas son mamadas, dijo él, déjame dormir. Y se durmió, para el completo azoro de Requelle. Primero era muy bonito sentirlo recargado en su estómago, mas luego se descubrió incomodísima; ahora me siento como personaje de Mary McCarthy, pero sólo pudo suspirar y decir, suponiéndolo dormido: Oliveira Salazar, te hablo para no sentirme tan incómoda, déjame te decir, yo estudio teatro con todos los lugares comunales que eso apareja; voy a ser actriz, soy actriz, soy Requelle Lactriz; estudio en la Universidad, no fui a Nancy y no lo lamento demasiado. Cuando viva contigo voy a seguir trabajando aunque no te guste, lero lero Olivero buey, mi rey; supongo que no te gustará porque ya desde ahorita muestras tu inconformidad roncando. La verdad es que Oliveira roncaba pero no dormía — al contrario, pensaba: conque actriz, muy bonito, seguro ya has andado en millones de balinajes, ese medio es de lo peor, my chulis. Claro que bromeaba, pero luego Oliveira ya no estaba seguro de bromear. En la móder, soy un pinche clasemedio en el fondo. Requelle tenía entumido el vientre y se había resignado al sacrificio estomacal cuando, sin ninguna soñolencia, Oliveira se incorporó y dijo casi sin ansiedad: Requeya, Reyuela, Rayuela, hija de Cortázar; además de ser el amo con la batería, sé tocar guitarra rickenbaker, piano, bajo eléctrico, órgano, moog synthesizer, manejo el gua, vibrador, assorted percussions, distortion booster et fuzztone; sé pedir ecolejano para mis platillos en el feedback y medio le hago al clavecín digo, me encantaría tocar bien el clavecín y ser el amo con la viola eléctrica y con el melotrón; y además compongo, mi vida, mi boda, mi bodorria; te voy a componer sentidas canciones que causarán sensación. Ay qué suave, dijo ella, yo nunca había inspirado nada.

Y sigues sin inspirar nada, bonita, digo: feíta, te dije que voy a componerlas, no que lo haya hecho ya.

Mira mira, a poco no te inspiré cuando estabas tocando en el Floresta.

Claro que no.

En la calle, luz del alba.

Tengo hambre, anunció Requelle.

Caminando en busca de un
restorán.

Un policía apareció mágicamente y ladró:
por qué está molestando a la señorita.

Yo no estoy molestando a la señohebrita.

Él no me está molestando.

Usted no la está molestando, afirmó el policía antes de retirarse.

Requelle y Oliveira rieron aun cuando comían unos caldos de pollo con inevitables sopos de pechuga.

A qué hora abren los registros civiles, preguntó Oliveira.

Creo que como a las nueve, respondió ella
con solem-
nidad.

Ah, entonces nos da tiempo de ir a otro hotelín.

Hotel Luna de Miel

El empleado del hotel miraba a Oliveira con el entrecejo fruncido.

Armóse finalmente, intuyó Requelle.

Están ustedes casados.

Claro, respondió Oliveira sin convicción.

Requelle lo tomó del brazo y recargó su cabeza en el hombro olivérico al
completar:

que no.

Y su equipaje.

No tenemos, vamos a pagar por adelantado.

Sí, señor, pero éste es un hotel decente, señor.

Ah pues nosotros creímos que era un hotel de paso.

Pues no, señor; y no que me dijo questaban casados.

Y lo estamos, mi estimated, pero nos da la gana venir a un hotel, qué no se

puede.

Y a poco cren que les voy a crer.

No, ni queremos.

Pues es que aquí cuesta el cuarto cuarenta pesos, presumió Empleado.

Újule, ni que fuera el Fucklton, ahi nos vemos.

Oye no, Oli, estoy muy cansada: yo pago.

Qué se me hace que usted está extorsionando aquí a la señorita.

Qué se me hace que usted es un pendejo.

Mire, a mí nadie me insulta, señor, ah qué caray; va a ver si no le hablo a la policía.

No antes de que le rompa el hocico.

Usted y cuántos más.

Yo solito.

Olifiero, por favor, no te pelees.

Si no me voy a pelear, nomás voy a pegarle a este tarugo, como dijera la canción de los Castrado Brothers, discos RCA Víctor.

Ah sí, muy macho.

No señor, macho jamás pero le pego.

No me diga.

Sí le digo.

No mesté calentando o deveras le hablo a los azules.

Vámonos, Oliveira.

Vámonos, mangos.

Bueno, van a querer el cuarto sí o no.

A cuarenta pesos, ni locos.

Ándele pues, ahi que sean veinte.

Ése es otro poemar, venga la llave.

El cuarto resultó más corriente que los anteriores.

Ella se desplomó en la cama
pero el crujido la hizo levantar-
tarse en el acto.

Se ruborizó.

No seas payasa, Requelle.

Ay cómo eres.

Ay cómo soy.

Pausa conveniente.

Uy, tengo un sueño, aventuró ella.

Yo también; vamos a dormirnos, órale.

No. Digo, ya no tengo sueño.

Olivérica mirada de exasperación contenida.

Ándale.

Pero luego quién nos despierta.

Yo me despierto, no te apures.

Oliveira empezó a quitarse los zapatos.

Te vas a desvestir.

Claro, respondió él.

Y yo.

Desvístete también, a poco en Las Lomas duermen vestidos.

No.

Ahí está.

Oliveira ya se había quitado los pantalones y los aventó a un rincón.

Se van a arrugar, Oli.

Despreocupación con sueño.

Qué le hace.

Se quitó la camisa.

Estás re flaco, necesitas vitaminarte.

Al diablo con las vitavetas y ésa es una seria advertencia que te ofrezco.

Se metió bajo las sábanas.

Tilt up hasta mejor muestra

del rubor requelliano.

No te vas a dormir.

Es que no tengo sueño, Olichondo.

Bueno, yo sí; hasta pasado mañana.

Le dio un beso en la mejilla y cerró los ojos.

Requelle consideró:

siempre sí tengo sueño.

Muriéndose de vergüenza,

Muchacha se quitó la ropa, la acomodó con cuidado, se metió en la cama y trató de dormir...

•

Oliveira cambió
de posición y Requelle pegó un salto.
Oliveira, despiértate, tienes las patas muy frías.
Cómo eres, Requi, ya me estaba durmiendo. Y además no era mi pata sino mi mano.
Sí, ya lo sé. Me quiero ir.
Aporrearon la puerta.
Quién, gruñó Baterista.
La policía.
Al carajo, gritó Oliveira.
Abra la puerta o la abrimos nosotros, tenemos una llave maestra.
Requelle trataba de vestirse a toda velocidad.
Vayanse al diablo, nosotros no hemos hecho nada.
Y cómo no, no está ahí dentro una menor de edad.
Eres menor de edad, preguntó Oliveira a Requelle.
No, contestó ella.
No, gritó Baterista a la puerta.
Cómo no. Abra o abrimos.
Pues abran.
Abrieron. Un tipo vestido de civil y Empleado.
Requelle había terminado de vestirse.
Ya ve que abrimos.
Ya veo que abrieron.
Bueno, cómo se llama usted, preguntó el civil a Requelle, pero fue Oliveira quien respondió:
se llama la única y verdadera Lupita Tovar.
Señorita Tovar, es usted señorita, quiero decir, es usted menor de edad.
Usted es, deslizó Oliveira sin levantarse de la cama.

Déjese de payasadas o lo llevo a la cárcel.

Usted no me lleva a ninguna parte, menos a la cárcel porque el barrio me extraña. Quién es usted, a propósito.

La policía.

Híjole, qué uniformes tan corrientes les dieron, deberían protestar.

Soy la policía secreta, payaso.

Usted es la policía secreta.

Sí señor.

Fíjese que se lo creo, puede verse en sus bigotes llenos de nata.

Oliveira guardó silencio y Requelle tomó asiento en la cama.

(Nótese la ausencia

del habitual e incorrecto: se sentó.)

La nuestra Requelle repentinamente tranquilizada.

Hasta bostezó.

El secreto: callado también, perplejo;

panzón se le deja, agrega un amigo del Autor.

Oliveira los miró un momento y luego se acomodó mejor en la cama, cerró los ojos.

Oiga, no se duerma.

No me dormí, señor, nada más cerré los ojos; cómo voy a poder dormirme si no se largan.

Ves cómo es re braveno, mano, lloriqueó Empleado.

Qué horas son, preguntó Baterista.

Las ocho y media, le respondieron.

Ah caray, ya es tarde; hay que ir al registro civil, vidita, dijo Oliveira como si los intrusos no estuvieran allí: se puso de pie y empezó a vestirse.

(Adviértase ahora la ausencia

de: se paró; nota del editor.)

Señorita Tovar, decía el agente, usted es menor de edad.

Si usted lo dice, señor. Tengo doce años y nadie me mantiene, y no me hable golpeado porque mi hermano se lo suena.

Ah sí, échemelo.

Yo soy su hermano, especificó Oliveira.

Agente escandalizado.

Cómo que su hermano, no diga esas cosas o le va pior.

Me va peor, corrigió Oliveira,
permitiendo que la Academia
de la Lengua suspire con alivio.

Se puso el saco y guardó su corbata en el bolsillo.

Bueno, vamonos, dijo a Requelle.

A dónde van, no le saquen, culeros.

Oliveira miró al secreto con cara de influyente.

Se acabó el jueguito. Cómo se llama usted.

Víctor Villela, contestó el secreto.

No se te vaya a olvidar el nombre, hermanita.

No, hermanito.

Salieron con lentitud, sin que intentaran detenerlos. Al llegar a la calle, los dos
se echaron a correr desesperadamente. Al llegar a la esquina, se detuvieron.

Nadie los seguía.

Por qué corremos, preguntó Requelle Lingenua.

La picara ingenua.

Nomás, respondió él.

Cómo nomás.

Sí, hay que ejercitarse para las olimpiadas, pequeña: mens marrana in corpore
sano.

Llegaron al registro civil cuando apenas lo abrían y tuvieron que esperar al juez
durante media hora.

(Échese ojo esta vez al inteli-
gente empleo de: durante; nota
del linotipista.)

Al fin llegó, hombre anciano, eludiste la jubilación.

Oliveira aseguró:

aquí la seño tiene ya sus buenos veinticinco añejos y cuatro abortos en su
curriculum; yo, veintiocho años, claro; la mera verdad, mi juez, es que vivimos
arrejuntadones, éjele, y hasta tenemos un niño, un machito, y pues como que
queremos legalizar esta innoble situación para alivio de nuestros retardatarios
vecinos con un billete de a quinientos.

Y sus papeles, preguntó el oficial del registro civil.

Ya le dije, mi ultradecano, nomás es uno: de a quinientos.

El juez sonrió con una cara de qué muchachos tan modernos y explicó: miren, en el De Efe no van a lograr casarse así, si hasta parece que no lo supieran, esas cosas se hacen en el estado de México o en el de Morelos. Ni modo.

Ni modo, concedió Baterista, nada se perdió con probar.

Afuera el sol estaba cada vez más fuerte y Requelle se quitó el abrigo.

Chin, dijo ella, voy a tener que pedirle permiso a mi mamá y todo eso.

Eres o no menor de edad, preguntó Oliveira.

Claro que sí.

Chin, consintió él.

Caminando despacio.

Bajo el sol.

Criadas con bolsa de pan miraban el vestido de noche de Requelle.

Requelle, ma belle, sont des mots qui vont très bien ensemble, cantó Oliveira.

Que no me digas así, sangrón: juro por el honor de tus primas Renata y

Tompiata que vuélvote a morder.

Sácate, todavía tengo hinchado el tobillo.

Ah, ya ves.

Se renta departamento una pieza todos servicios.

Lo vemos, propuso Requelle.

Edificio viejo.

Parece teocalli, pero aguanta, aventuró él.

Está espantoso, aseguró Requelle, pero no le hace.

El portero los llevó con la dueña del edificio, ella da los informes ve usted.

Señora amable. Con perrito.

Oliveira se entretuvo haciendo cariños al can.

Queríamos ver el departamento que se alquila, señora, dijo Requelle, sa belle;

le presento a mi marido, el licenciado Filiberto Rodríguez Ramírez; Filiberto, mi amor, deja a ese perrito tan bonito y saluda a la señora.

Buenos días, señora, declamó Oliveira Obediente, licenciado Domínguez

Martínez a sus rigurosas órdenes y a sus pies si no le rugen, como dijera el doctor Vargas.

Ay, qué pareja tan mona hacen ustedes, y tan jóvenes, tan tiernitos.

Entrecruzando miradas.

Favor que nos hace, señora, verdad Elota, comentó Oliveira.

Sí, mazorquito mío.

Vengan, les va a encantar el departamento, tiene mucha luz, imagínense.

Nos imaginamos, respondió Requelle automáticamente.

Para Angélica María